

CAPÍTULO 1 NOTICIAS INESPERADAS

Begoña dormía profundamente cuando se dio cuenta de que el teléfono que sonaba no estaba en su sueño, era real. Cuando se volvió hacia la mesilla para descolgar, miró de reojo el reloj, que marcaba las dos y cuarto de la madrugada.

¿Quién sería? Desde luego, no era un buen augurio. No se suele llamar a esas horas para dar buenas noticias. Era un número largo, extranjero.

—Sí, dígame —dijo con voz ronca.

—Buenos días. Perdón, buenas noches. ¿Es usted familiar de Ricardo Fernández de Arrieta? —dijo una voz al otro lado del hilo telefónico.

—Sí, soy su hermana. ¿Quién es usted?

—Le llamo de la embajada española de Senegal. Su hermano está hospitalizado y encontramos su contacto en su teléfono móvil como persona a avisar en caso de urgencia.

Por la cabeza de Begoña pasaron por un instante todo tipo de atrocidades que despejó inmediatamente. Estaba absolutamente despierta. La adrenalina la mantenía alerta.

—Entiendo. ¿Y por qué no me ha llamado él?

—Su hermano está en la unidad de cuidados intensivos del hospital de Ziguinchor. Está semiinconsciente.

Empezó a sudar. Su cabeza iba a estallar. No podía creer lo que estaba escuchando. No estaba sucediendo.

—Inconsciente pero vivo, ¿no? ¿Qué le ha pasado? ¿Ha tenido un accidente?

—Yo soy un funcionario de la embajada, señora. Simplemente me pongo en contacto con usted para verificar su identidad y que me autorice a dar su contacto al personal del hospital para que le informen. En unas horas recibirá una llamada del centro sanitario.

Begoña estaba a punto del colapso. El funcionario hablaba, pero ella era incapaz de seguir la conversación. ¿Por qué su hermano tenía esa capacidad para meterse en líos? ¿No se podía quedar quietecito un tiempo? En todos estos años lo había sacado de infinidad de follones. Era un especialista; pero esto de estar en un hospital al otro lado del mundo era ya excesivo.

—Señora, ¿me está escuchando?

—Sí, perdone. Me he despistado un momento. Así que tengo que esperar la llamada de Senegal, ¿no? ¿Me equivoco o hablan francés?

—Exactamente. Si necesita un traductor, háganoslo saber. Sabemos que es una situación delicada. Yo me llamo Carlos Rodríguez y quedo a su disposición. Puede llamarme a este número si me necesita.

—Gracias. Ha sido usted muy amable

Begoña colgó el teléfono lentamente. Todavía no se lo podía creer. Tenía que llamar a Nini. No era una hora adecuada para llamar a nadie, aunque su hermana pequeña tenía unos horarios tan raros que era probable que estuviera despierta. Decidió enviarle un mensaje de texto antes.

«Nini, cuando te despiertes, llámame. Es urgente. No te olvides. Tengo que contarte algo importante sobre Ricky».

A ver a qué hora contestaba. Mientras tanto, ella no podría volver a dormir. Pero, por otro lado, tampoco tenía información para empezar a moverse. Se sentía en un callejón sin salida. Le vinieron ganas de gritar, patear, llorar, todo a la vez. Contempló

su rostro en el espejo del lavabo. Era la única morena de los tres. Sería, con su peca en el labio, como la de su madre. Era la más fuerte física y mentalmente. O eso le habían dicho siempre.

Le costaba mantener sus curvas a raya, como a su *amona*¹. Pero se esforzaba mucho. Los años empezaban a hacer mella en ella, como era natural. Ya no era una niña, pero se conformaba con los cambios que estaba teniendo. Tenía el pelo rizado, demasiado alborotado para su gusto, un poco salvaje. Durante años, se lo había planchado, pero ahora, cada vez menos. Su peluquera la había convencido de mantenerlo más natural.

Recordó cuando sus padres tuvieron el accidente. Ellos eran pequeños. Su abuela tuvo que ocuparse de todos los trámites. Sus hermanos prácticamente no se enteraron, pero ella sí. Ella ayudó a la abuela con todo. A su *amona*. Cuánto la echaba de menos.

El teléfono volvió a sonar; esta vez, el número era conocido. Era Nini, que estaba despierta. Por una vez, la excentricidad de su hermana le pareció jugar a su favor. Nini era una bohemia. Pintaba por la noche o por el día. Para ella, ese desorden era incompatible con el equilibrio. Y, por eso, creía que su hermana era una desequilibrada deliciosa.

Descolgó el teléfono consciente de que, al otro lado, el drama estaba servido. Ella era así.

—Hola, Nini —dijo con voz todo lo calmada que pudo—. Veo que estabas despierta.

—Dime que está vivo, Bego, dímelo. No podría soportarlo.

—Sí, me han llamado de la embajada española en Senegal. Ricky está ingresado en un hospital de allí. No me han podido dar más información. Tenemos que esperar a que nos llamen los médicos. Ve preparándote. Creo que nos vamos a África, hermanita.

Cuando acabó de decir esta frase, visualizó la enormidad de lo que le esperaba. Se iba con su hermana a otro continente a buscar

¹ «Amona»: «Abuela» en euskera.

a su hermano. Era horroroso. Vulneraba los cánones de su vida ordenada. Pero sus hermanos eran lo único que tenía.

A las ocho de la mañana, sonó el teléfono. Nini había aparecido en su puerta un par de horas antes con su aspecto desenfadado de siempre, su melena rubia hecha una maraña y deshecha en un mar de lágrimas. La abrazó y lloraron juntas. Era la pequeña de la familia. Rubia, con su pelo largo, delgada, pequeña, como una muñequita. Siempre a la última, bohemia pero *cool*. Cuando ella llegaba a algún sitio, nadie se quedaba indiferente.

Llamó un médico senegalés con un castellano digno de un descendiente de Cervantes para informarles que su hermano tenía una infección por una bacteria que había adquirido por una picadura en un bosque de Djemberé, en la costa sur senegalesa. Estaba allí con un grupo de científicos estudiando una clase de planta.

Tenía que conseguir dos billetes para Gambia y luego un transporte hasta Ziguinchor. Había estado mirando el Google Maps y resulta que Senegal está atravesado por una lengua de tierra, que es Gambia. El aeropuerto más cercano a Casamance, cuya capital es Ziguinchor, es Banjul, Gambia. No tenía ni idea de cómo llegar hasta allí. Les esperaba una buena aventura.

CAPÍTULO 2 NOS VAMOS A SENEGAL

Nini dormía en su cama y ella intentaba descansar un rato en el sofá. No podía pegar ojo. Isabel, su secretaria, se estaba ocupando de cómo llegar hasta su hermano, de si necesitaban vacunarse; en fin, de la logística. Tenía la maleta hecha. Ella necesitaba muy poco equipaje. Nini, en cambio, parecía que se trasladaba cada vez que salía de casa. Tendría que hablar de ello cuando se despertara.

Hacía un par de horas que había contactado con ella el hospital de Ziguinchor. Le habían enviado un informe médico del evolutivo. No entendía absolutamente nada, estaba en francés y con jerga médica de esa ininteligible. Reenvió el PDF a su amigo Manel, previa llamada para ponerlo al corriente de lo que pasaba.

—Bego, tía, vaya percal, ¿no? —dijo Manel cuando le contó toda la historia—. Ahora leo el informe a ver si lo entiendo yo también. Necesitaré que alguien me lo traduzca. Recuerda que soy forense. Mis «pacientes» están muertos —rio para quitarle hierro al asunto.

—Ya sé que los tuyos están muertos, Manel, pero no entiendo nada de ese informe y tú, como mínimo, has hecho la carrera de Medicina y debes de entender algo más que yo, ¿no?

—¿Y por qué no se lo pasamos a nuestro amigo común, César? Él es médico de verdad y habla un francés perfecto. Todavía os habláis, ¿no?